



BUCARDOS DE ORDESA

Bernard Clos

MUCHOS montañeros, los españoles especialmente, conocen bien la Cabra montés por haber admirado su original silueta en varias montañas de España, o por haberse acercado en los Alpes, a la *Capra ibex*, la variedad alpina, bastante diferente, pero abundante ahora en las zonas del Gran Paradiso y de la Vanoise. La especie que más nos interesa es la *Capra pyrenaica*, que forma colonias importantes en las montañas de Gredos, de Beceite y de Cazorla, donde las especies o subespecies: *Capra pyrenaica victoriae* y *Capra pyrenaica hispanica* existen por millares en unas zonas protegidas por las autoridades competentes. Entre dichas especies, subespecies, para los especialistas, que yo no lo soy, es de notar una rara excepción: una de ellas por una especie de capricho de la naturaleza o de fatalidad del destino, está a punto de desaparecer definitivamente. Se trata de la Cabra montés específicamente pirenaica, que durante largo tiempo estuvo poblando casi toda la cadena de los Pirineos antes de declinar poco a poco hasta localizarse por fin en el valle de Ordesa. Esa Cabra montés es la "*Capra pyrenaica pyrenaica*", bien conocida en la región de Torla bajo el nombre de Bucardo.



El bucardo

Como hemos dicho, muchos montañeros, y hasta simples paseantes han visto sin necesidad de caminar mucho ni de usar prismáticos las variedades más corrientes de Cabra montés, pero muy pocos son los que han tenido la oportunidad de contemplar ni siquiera de entrever el Bucardo de Ordesa al que vamos a dedicar algunas líneas.

En realidad, el bucardo de Ordesa no difiere fundamentalmente de sus otros hermanos de las montañas de España: un animal bastante más grande y gordo que el sarrio, con un aspecto más macizo y pesado, que no deja adivinar a primera vista una increíble agilidad y unas extraordinarias aptitudes de escalador. La pelambre es de un gris moreno, casi negra en la parte anterior de las patas, el vientre blanquizco, los cuernos del

macho largos y retorcidos recordando la forma de una lira, y en el mentón la clásica barbita negra, con doble punta.

¿Entonces, nada de original, en suma? ¡Esos rasgos clásicos, los hemos encontrado ya en las otras formas de la cabra montés! Pues, ¿en qué difiere el Bucardo de sus congéneres? ¡Es muy difícil de explicar! Se trata de unos sutiles detalles que sólo el observador acostumbrado a contemplar bucardos sabe identificar a simple vista, incluso en las fotos del animal: hablemos sólo de simples actitudes de la vida corriente, una manera suya de echar hacia arriba las patas delanteras para alcanzar las ramas bajas de un árbol y saborear las hojas nuevas de la tardía primavera ordesana, una pelambre un poco más parda que en las otras especies, los cuernos más cortos del macho, más macizos y de sección más redondeada, pero lo que extraña en el bucardo es su extrema desconfianza. Luego de observar unos instantes, inmóvil y atento a identificar lo que le parece enemigo, el bucardo corre sin detenerse como lo hace el sarrio, para esconderse y disimularse en la espesura de los bojales o enebros y preferentemente entre los árboles de los inmensos bosques del valle de Ordesa para no volver a aparecer en todo el día.

Incluso para los guardas del Parque Nacional, el bucardo es muy difícil de observar, al contrario de los de Gredos, por ejemplo. Todo el día permanece invisible. Por la mañana y por la tarde, con mucha suerte, he podido verle, en un corredor abrupto, en la orilla de un claro del bosque, en el borde de un abrupto precipicio, buscando alguna mata de hierba sabrosa conocida por él solo, y más de una vez, muy inútilmente, tuve miedo de verle arriesgarse la vida, evolucionando por la roca húmeda, con aparente imprudencia a lo largo del vacío, acróbata seguro de sus movimientos, heredero de una agilidad y de una audacia viejas de muchos siglos. Sólo en primavera, la hembra se puede observar a veces durante el día, acompañada de su cría, apagada la desconfianza por la necesidad de alimentar al pequeño, y es un espectáculo enternecedor, el verlos así, intentando asegurar el porvenir de una especie tan amenazada por un destino sin compasión.

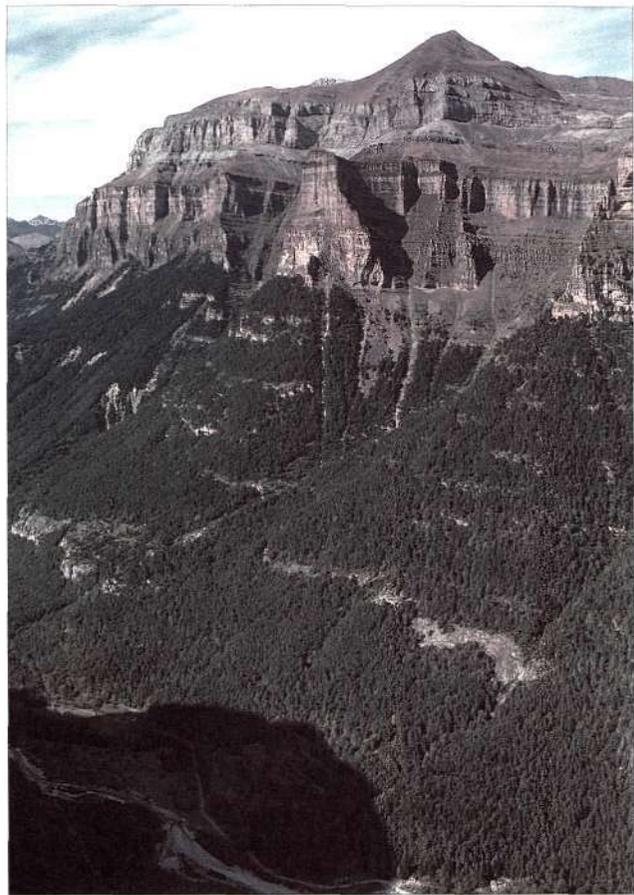
Una desaparición anunciada

En el siglo XIV, el bucardo de los Pirineos se hallaba muy abundante

en las dos vertientes de la cadena fronteriza, y no sólo en la alta montaña sino también en las llanuras de poca altitud. El conde Gaston III de Foix, llamado Gaston Phoebus, a pesar de su pasión por la caza, desdeñaba la Cibra montés, demasiado común y abundante, dejando a los campesinos de los alrededores la caza de un animal considerado vulgar por no necesitar ninguna maestría en el arte de cazar, la única dificultad consistiendo sólo en impedir al animal el acceso a los sitios abruptos, aptos a estorbar el paso a las jaurías de perros y los caballos de los valientes cazadores.

Jacques Labarère, en la revista "Pyrénées", nº142 estudia en un excelente artículo al que me refiero, los textos que en la literatura pirenaica francesa relatan las etapas de la paulatina desaparición del bucardo en ambos lados del Pirineo. Cita a Ramond de Carbonnières, el supuesto primer vencedor del Monte Perdido, que escribe en 1801: "el bucardo ha venido a ser tan escaso que los cazadores, casi no lo conocen". Y estamos apenas a principios del siglo XIX!. J. Labarère cita luego a otro autor de la mitad del XIX, el cual escribe que el bucardo se ha hecho tan poco abundante que no existe ya sino en algunos sectores salvajes del valle de Broto y en las soledades de la Maladeta.

Lo deplorable es que el animal al mismo tiempo que escasea, viene a ser un trofeo cada día más codiciado por los cazadores que vienen especialmente del extranjero, sobre todo de Inglaterra para cazar bucardos en Ordesa. Ya se conoce la historia de las 32 clavijas que el cazador inglés Edward Buxton hizo clavar en la pared de Cotatuero para darle acceso más cómodo a las pendientes de la orilla derecha del valle de Ordesa donde en aquel entonces pastaba todavía el animal. Allí se encuentran sobre todo terrenos herbosos con poco arbolado, lo que deja suponer que antaño



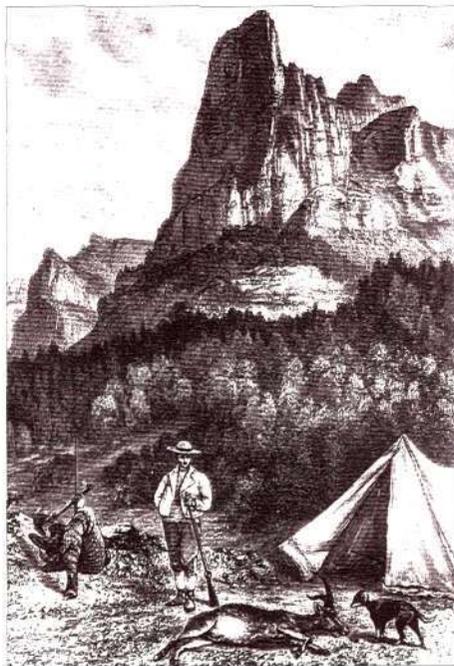
Arriba.
Valle de Ordesa

Debajo.
Grabado en madera realizado por Edward Whymper a partir de un dibujo del cazador Edward Buxton

el bucardo se escondía menos que hoy y no tenía todavía sus costumbres silvestres actuales.

El col des Bouquetins

También lo sugiere el encuentro que tuvo el conde Henry Russell con dos bucardos en 1877 en un lugar del macizo de la Maladeta, sitio despejado al que el famoso pirenaista dio el nombre de "Col des Bouquetins", o sea "Collado de los Bucardos". Pero el mismo montañero, en su libro. "Souvenirs d'un montagnard" señala sin embargo que el animal es tan escaso como salvaje y su raza está en vías de extinción, mientras que otro autor, hacia 1890, afirma rotundamente "Ya no quedan bucardos en los Pirineos". Opinión alarmante, claro, pero no del todo exacta, ya que el Parque Nacional de Ordesa fue creado en 1918 para proteger el paraje excepcional del valle de Ordesa, pero también para ofrecer un refugio a los últimos bucardos que lo





Fotos del autor

poblaban. Por lo visto, ni la creación del Parque Nacional de Ordesa ni su importante ampliación de 1982, bajo el nombre de Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido fueron suficientes para conseguir una población floreciente de bucardos.

Intentos de protección

Personalmente, en 1978 y los años siguientes tuve la suerte de sacarles algunas fotos con las debidas precauciones, claro está, pero se notaba que su número tenía que ser muy reducido, y las autoridades del Parque se inquietaban de ello. Se hablaba entonces de unos treinta, luego de una docena de animales. En cuanto a mí, no he visto nunca más de seis al mismo tiempo. Fue en la llamada Faja del Pelay y se trataba de hembras acompañadas de su cría del año anterior, lo que podía inclinar a cierto optimismo. En la actualidad, a pesar de la protección aportada por el estatuto de Parque Nacional y los constantes esfuerzos de las autoridades competentes y la dedicación del personal de guardería, el bucardo ha desaparecido casi por completo del valle de Ordesa, lenta y constantemente, como había desaparecido del resto de la cordillera pirenaica.

Causas de una decadencia

Los especialistas tendrán sin duda su opinión, más autorizada y científica que la nuestra sobre la progresiva desaparición de la cabra montés pirenaica. Uno piensa en seguida en los estragos de la caza. Es muy probable que la caza tiene una parte de la res-



Arriba.
Faja de Pelay en Ordesa

En el centro.

"Capra pyrenaica pyrenaica" conocida en la región de Torla bajo el nombre de Bucardo

ponsabilidad, sobre todo la que se practicó en el siglo XIX, cuando el animal escaseaba ya, pero las causas son seguramente más diversas. Los cazadores no mataban más que los machos provistos de un hermoso trofeo, y se supone que al fin y al cabo las víctimas no pasaron de unas decenas.

Se puede pensar que la cabra montés, a lo largo de los Pirineos ha sido víctima de la presencia creciente de hombre en las tierras que largo tiempo le pertenecieron antes de que se desarrollasen las actividades humanas, como son el quemar el bosque y las matas de los pastos, el ensanchar las zonas cultivadas, la construcción de cabañas y la cría del ganado, la práctica de la trashuman-

cia, y en los altos valles, como en Ordesa, la intensiva explotación de los bosques con los consiguientes ruidos y movimientos de personal y de acémilas. La actividad humana cada vez más orientada hacia las tierras altas no podía más que estorbar el descenso de los animales en la época invernal, cuando necesitaban bajar a los valles para alimentarse y gozar de un clima soportable, sobre todo para los jóvenes más frágiles que los demás. También podemos pensar en las enfermedades infecciosas, como la conjuntivitis, efectivamente comprobada hace años en los bucardos de Ordesa, sin hablar de la consanguinidad inevitable en los últimos tiempos.

En cuanto al bucardo del valle de Ordesa, temeroso y considerándose siempre amenazado, cuando al contrario se hallaba protegido, ha escogido por hábitat la orilla izquierda del valle con sus inmensos bosques. Desgraciadamente, se trata de una vertiente poco hospitalaria, con altas barras rocosas verticales, parajes poco soleados en la umbría y en invierno, abundancia de nieve con grandes aludes barriendo los corredores abruptos. Hace tiempo que los bucardos no frecuentaban ya el lado opuesto del valle, más soleado y agradable. Inexplicable misterio.

El bucardo de hoy

Desde hace años, la Dirección y las autoridades del Parque Nacional de Ordesa se preocupaban del escaso número de bucardos, sospechado más que efectivamente comprobado a consecuencia de las esquivas costumbres del animal. Se estudiaron varios planes sucesivos para la recuperación de la especie, todos difíciles de realizar. Para evitar el hambre invernal, causa supuesta de la mortalidad, habían instalado, hace años ya, unos comederos donde los guardas ponían forraje y sales minerales. Todo en vano. El número de bucardos se ha reducido poco a poco a unas cuantas hembras. Ante la ausencia de machos, ha sido necesario importar algunos de la colonia de Beseite, en concepto de experiencia por el momento. Es de esperar que de cualquier modo el bucardo sea poco a poco recuperado para repoblar el valle de Ordesa y más tarde muchos otros sectores. Se habla además de repoblar de cabra montes la vertiente francesa. El porvenir lo dirá, pero lo seguro es que aquellos animales, no serán ya los puros descendientes de los antiguos pobladores de los Pirineos, los que Russell vio un día en la Maladeta. □